

LA CASA VIEJA

¡La casa de mi tía Milagros! Su recuerdo se abre con el gemido de esas viejas arcas que guardan, en desorden, mil pequeñas cosas que el tiempo ha apolillado: Las irías madrugadas de los años de colegio; el reloj carrasperiento que mascaba, con desesperante rechinar de quijadas, las horas de los días de asueto; la borla de seda azul de la campanilla con que mi tía Milagros llamaba a la Juana Rosa; las campañas de Aníbal; el gato de la tía Trinidad; la caja de rapé; la sandalia milagrosa de Fray Andresito...

Todo está allí como en aquellos años... El arca de madera de alcanfor no ha hecho perder el aroma a esos recuerdos. Ellos conservan para mí el perfume que tenían entonces, cuando el naranjo del patio se cubrió de flores y el diablo auténtico y corpóreo - el "mandingo de la niñez, con cachos y cola - asomaba las narices por sobre el tejado, para embriagarse, burlescamente, a la luz de la luna, con el aroma primaveral de los azahares.

¡Pobre "mandingo"! Vivía, seguramente, en algún rincón del tercer patio, cerca de la pieza de la Juana Rosa y aprovechaba esas noches de luna para aspirar un ambiente más apropiado a sus pulmones que ese eterno olor a zahumerio que llegaba de la iglesia vecina.

También la Juana Rosa con su vestido ^{de} percal clavaba los ojos negros en el naranjo lleno de flores, y sus iras. Sin duda se acordaría de la Hacienda de Catemu de donde la habían traído. Después me miraba a mí, enteco y paliducho, repasando las campañas de Aníbal, sentado en el borde de la pila de mármol: Tesino, Trasimeno, Trebia, Canas...

- Tanto que estudea.
- Es que tengo composición para mañana.

Ella volvía a suspirar.

Tenía una mirada igual a la de los terneros nuevos y, como ellos, sacaba a cada instante la punta de la lengua y se humedecía.

los labios. Yo no vi cuando llegó a la casa; pero estoy seguro de que su "taita" la traje arreándola desde Catemu.

A veces, los Domingos, cuando todos habían ido a misa, se ponía muy contenta, correteaba las gallinas en el patio de adentro y brincaba como si acabaran de sacarla del chiquero; pero casi siempre, sobre todo en la tarde, estaba triste y suspiraba.

Yo la encontraba muy gorda para ser tan chiquilla, pero me daba lástima.

Siempre tenía azahares secos en el bolsillo del delantal. No se en que momento los sacaría porque mi tía Trinidad no dejaba a nadie sacar flores.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

en el colegio, toda la semana esperaba que llegara el Domingo, y todos los Domingos eran exactamente iguales.

Parece que también en casa de la tía Milagros todos los días eran parecidos.

Cuando yo llegaba, ya ella estaba envuelta en su chal negro, en el sillón junto a la ventana. Yo tenía una silla chica para sentarme a su lado.

En otra silla estaba la tía Trinidad con un gate en las faldas; pero sin el tejido. En esto se distinguían los Domingos de los otros días.

La menor de ellas tenía setenta años, y eran jóvenes comparadas con la tía Lucrecia, siempre en cama, y la tía Mercedes que no salía nunca de su pieza. Y a que hablar de la cocinera, de la mama Mesa y de la María Ingracia... ¡Uf! Yo creo que las dos se habían muerto hace tiempo y seguían andando nada mas que por no dejar la casa.

Los únicos que podíamos correr cuando había algún temblor, éramos la Juana Rosa, el gato y yo. Todos los demás, en esos casos, que-

maban palma bendita.

Sin duda era mejor atender a la causa que al efecto; pero el instinto de conservación nos ofuscaba y en medio de las plegarias anti-sísmicas, nuestras carreras resultaban casi una irreverencia.

Era curiosa la casa de la tía Milagros. A partir desde la puerta de calle se iba haciendo más y más vieja, con todos sus habitantes, a medida que se acercaba al tercer patio.

La tía Milagros era progresista. No temía a los tranvías ni protestaba de ellos, como su hermana Trinidad. Cuando hubo luz eléctrica, llamó a un maestro, hizo tercer los ganchos de las lámparas y abandonó el alumbrado de gas.

Las lámparas de bronce quedaron como arañas pataleando en el vacío.

Después cambió las baldosas de piedra por ladrillos de composición...

Pasados los años, cuando murió Juan el viejo cochero, se compró un automóvil. No lo usó casi nunca porque "le daba de sé qué molestar al chauffeur"; pero satisfizo su entusiasmo por la civilización.

Aborrecía las cosas viejas.

En la tía Trinidad, como en sus habitaciones estaban más al fondo, era menos moderna.

Aceptó sin protesta, casi con un secreto gusto, la luz eléctrica; pero siguió conservando un respetuoso cariño por los muebles de caoba; mantuvo la sobrecama hecha de infinitos rombos de seda multi-color y no pensó, ni por un instante, en retirar de la cabecera el medallón de vidrio enmarcado de ébano, con una tumba, una cruz y unos cipreses hechos con cabellos de quién sabe que ser querido.

¿Un amigo...? ¿Un novio...? Daba risa pensarlo. Parecía una escoba y quizás por eso mismo tenía una marcada propensión a arrinconarse y a recoger cuanto alfiler o menudencia encontraba en el suelo. Sin embargo, quería tanto a los gatos, a las plantas, a los "pescaditos colorados" de la pila, en fin, a todas las cosas chicas, que bien pudiera haber tenido un novio; un novio liliputiense ¡claro está! porque no puedo imaginarme a la tía Trinidad enamorada de un ser que se levantara más de veinte centímetros del suelo.

Yo, siempre que entraba a su pieza, observaba minuciosamente el relicario con su romántica decoración de cementerio. ¿Sería hecho de pelo de gato? Algún día tendría que averiguarlo. En todo caso era una obra maravillosa de paciencia.

A la Juana Rosa le llamaba también la atención el guarda-pele y una vez tuvo la audacia de descolgarlo para preguntarme que decía "esa leyenda" que tenía F. Arriba. J.C.

- Dice "recuerdo".
 - ¿Recuerdo? ¡Bah! ¡Miren también como misea Trinidad...!
- Y se echó a reír a carcajadas.

Tenía las manos apoyadas en las caderas y su busto se renecía como un manzano azotado por el viento.

Parecía que su risa volaba de un lado a otro, persiguiéndola... A ratos creía que iba a picotearla.

Hubiérase dicho que la pieza de la tía Trinidad se había abierto al sol como una jaula. ¡que alegre estaba todo en derredor...!

Pero fué solo un momento. La Juana Rosa, como si hubiera cometido un delito, se llevó el delantal a la boca y abrió los ojos azorados.

- ¡Jesús! No me vaya a oír Mيسة Lucrecia...!

Pared por medio, en efecto, con las ventanas cerradas, en una atmósfera azuleja y pesada de papel de Armenia, se extinguía lentamente la tía Lucrecia.

Sus manos, de largos dedos se desfilocaban como dos borlas de seda sobre la sábana, y de su cara nundida entre los almohadones,

Mi tía Mercedes no salía de su pieza sino para ir a misa. No iba nunca al comedor; Almorzaba y comía en una mesita de caoba frente a la ventana. Allí tenía sus libros predilectos: "Las mujeres del Evangelio", "Catecismo en Ejemplos", "El Año Cristiano" y la "Herrible muerte de los Perseguidores". Y era tan metódica que siempre colocaba la taza de té sobre el "Año Cristiano".

En la pasta española quedó la marca indeleble del platillo.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

sólo se distinguían dos puntos negros, - los ojos - fijos en el Niño Dios de cera, lleno de conchas y de florecillas, bajo un fanal de vidrio, que estaba sobre su cómoda.

Cada vez que mi tía Trinidad me sacaba a hacer visitas, yo le pedía que, a la vuelta, me llevara a ver el diablo de Santo Domingo. Era una especie de compensación.

Le temblaba, y por nada del mundo hubiera querido verlo a medía noche, subido en el naranjo o corriendo por el entretecho; pero este temor reverencial no excluía la admiración. Me sucedía con él algo muy semejante a lo que me pasaba con el león de la quinta. En la jaula me gustaba mucho...

El diablo no estaba en jaula; pero venía a ser lo mismo. En el segundo altar de la derecha, cargado de cadenas, a los pies del arcángel San Miguel, cuya lanza le pinchaba despiadadamente el lomo, no podía ni moverse. Sólo los ojos verdes le brillaban, moviéndose inquietamente al agitarse la llama de los cirios.

En esa posición, bien molesta, recibía las visitas de sus contertulios, en general gente del pueblo o chiquillos como yo. Iban también algunas viejas, secas y torcidas, con el manto hasta los ojos y la alfombra de grandes florones en punto de marca, - parecían espinos con quintral, - le miraban un instante, agitaban las mandíbulas como si estuvieran mascando algo, y, después de santiguarse se perdían en las sombras del templo.

No era difícil adivinar lo que mascaban: Palabras duras y amargas como "maqui" verde, que escupían al pasar frente al preso:

- ¡Ave María Purísima! ¡Que animal tan feo!

O bien:

- ¡La Virgen nos ampare! ¡Mire los colmillos!

Se lo decían en su propia cara. Las viejas le eran francamente

hostiles. Se me figura que debía descansar cuando se retiraban.

En realidad el diablo era bastante feo; pero ellas también lo eran y me daba no sé qué ver que estando así, aplastado y sin poder moverse, fueran a decirselo.

A veces sentado en la pila de mármol, que era el sitio de mis meditaciones, me ponía a pensar en su situación y me daba mucha pena. Pero ^a él, a pesar de su cara de perro rabioso, no le faltaban ánimos para acicalarse. No tenía, eso sí, el menor concepto acerca de la elegancia masculina.

Se adornaba con las joyas más absurdas: collares y pendientes de mujer. Algunas veces amanecía empolvado.

Era de verlo. Con los aros, las orejas de chivo le resultaban más ridículas y, en su cuero negro, los polvos de arroz le daban cierto aspecto de tizón apagado.

Siempre le decía a tía Juana Rosa que fuera a verlo; pero ella no quería...

- ¿Y está lo mismo que vivo? ¡Jesús! ¡Ha de dar mucho miedo!

Ella tuvo la culpa de que andando el tiempo, peleara con el diablo de Santo Domingo.

Fué bien triste aquel invierno. La lluvia rebalsaba del alero y descascaraba la pared junto a la pieza de la tía Mercedes. El agua hacía cantaritos en el patio, y en la noche, como la casa estaba cerca del río, no se podía dormir con el ruido de las piedras que arrastraba la corriente.

A mi tía Milagros le dió por creerse pobre y no encendía la luz. Todas sus economías las gastaba en hacer unas largas almohadillas - especies de salchichas de lona y aserrín - que aplicaba en los resquicios de las ventanas "para evitar corrientes de aire".

A pesar de todo, el gato de la tía Trinidad se enfermó de pulmonía. Metido dentro de un canasto forrado en cuero de oveja, tosía de la mañana a la noche con un ruido de juguete roto, y la tía no podía salir a arreglar altares, de miedo de que el pobre animalito se arrancara de la cesta.

En el segundo piso, la mama Mesa y la María Engracia, como Noé dentro del arca, no asomaban sus narices, pegadas al brasero.

Yo, a veces, iba a verlas en la tarde para que me contaran cuentos. No economizaban en luz, como la tía Milagros; pero como le tenían miedo al gas, prendían velas de sebo. No sé de dónde las conseguían. Tal vez usaban esas velas para poder utilizar la despabiladora, algo muy semejante a unas tijeras con un cajoncito de metal donde caía el extremo de la mecha, que yo recortaba al rape a cada instante. La vela chisporroteaba, y las dos viejas interrumpían el cuento para mirarme con ojos mortecinos. Unos ojos azulencos con una vuelta cenicienta alrededor.

Todos los cuentos de la mama Mesa eran del tiempo de su "sacra-real majestad" y comenzaban con el mismo estribillo de "saber para contar" y "contar para saber".

Cuando iba la Juana Rosa, ponía el piso de paja junto al mío y le acercaba más y más a medida que en el cuento de la mama Mesa aparecían "ánimas arrastrando cadenas".

Decía que le daba mucho miedo y que se helaba; pero no era cierto.

Después de la misa de nueve, cuando había sol, llegaba doña Eudisia. Iba casi todos los días a ver a la tía Milagros. Era gorda y tenía algunos pelitos negros en la barba. Muchas veces en el comedor, yo recogía las migas y las amasaba y hacía con ellas su retrato; le pe

nia dos cabezas de fósforo en los ojos y quedaba muy parecida. Cuando me aburría de ver su cara de bola, blanduja y amarillenta, empezaba a desmenuzarla y se la daba a los "pescados". Uno se comió, una vez, un ojo de doña Eudisia y se murió. La tía Trinidad, al irse a misa, halló al pobre animalucho flotando de costilla, tieso e hinchado como una chalupa naufraga; y a su turno, casi se murió de pena.

Me echó la culpa a mí y llevó el cuento a la tía Milagros; pero yo dije que había sido el gato y ella me lo creyó.

Nunca he visto a mi tía Trinidad más enojada...

- ¡Que temeridad! - decía - ¡Calumniar así al pobre animalito! Como él no puede disculparse... ¡que niño! ¡Señor! ¡que niño!

La tía Milagros se irguió con displicencia.

- Siempre lo mismo Trinidad... Prefieres echarle la culpa al niño y no al gato.

Ella no contestó. Sacó el gatito del canasto, lo estrechó amorosamente contra su pescuezo de tortuga, y cogiendo en la otra mano la cesta con cuero de oveja, salió de la sala mordiéndose los labios. Iba tieso y echada atrás. Era ver un pejerrey frito. Pero al salir al patio pareció desmorenarse y suspiró. Yo me sentía muy avergonzado.

Mi tía Milagros pareció no reparar en nada de esto y siguió conversando con la señora Eudisia.

Hablaban de compras.

Doña Eudisia era muy rica y lo compraba todo "donde Peeck" o "en los Chinos".

Cuando se trataba de géneros blancos su unidad de compra era "la pieza" e indefectiblemente la adquisición se había realizado en La Casa Británica.

Para los mantos, el té y los pañuelos de seda la unidad era "la caja". Unas cajas preciosas con olor a sándalo, de laca sobredorada. Otras eran simplemente de cartón; pero en cambio tenían unos chinitos con traje de seda y cabeza de marfil que yo despedazaba para ponerlos de "señal" en la aritmética o la historia. En el colegio todos me los envidiaban.

La señora Eudesia me quería mucho; me obligaba a decirle tía y cuando me llevaban a verla, además de las cajas chinas, me daba siempre plata nueva.

Esto desesperaba a mi tía Milagres. Parece que lo consideraba ofensivo y, a pesar de las insistencias de su vieja amiga, hacía que mis visitas fueran lo más espaciadas posibles: "No fueran a pensar que iba por interés".

Yo quería mucho a doña Eudesia pero me aburría oírle hablar tanto de los chinos. Era una manía, hasta a las empleadas las llamaba "las chinas".

Junto con llegar, se sentaba asesando en el sofá, se echaba atrás el manto, ponía a un lado la alfombra, el devocionario de concha de perla y el rosario; extraía del fondo de un bolsillo perdido entre los pliegues de una pellerera negra, un cofrecito de carey, se atosigaba de rapé las narices, y después de cinco esternudos - ni uno más ni uno menos - le preguntaba a la tía Milagres como había seguido del reumatismo.

EL CENTRO DE ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA
Pontificia Universidad Católica de Chile

Antes de que ella alcanzara a contestarle ya doña Eudesia se había pasado al tema de las compras. Era una notabilidad para llegar allí, partiendo del reumatismo.

A veces decía:

- Y a propósito, hija, hay donde Peeck una franela, que para tu enfermedad...

O bien;

- Un japonesito muy simpático que está "donde los Chinos" me dijo que ellos no temen al reumatismo porque se dan unos baños calientes...

Recuerdo que ese día en que murió el pescado, el tema de doña Eudesia fué el té verde:

- No compres nunca de otro, Milagres... Es más caro; pero es limpio. Imagínate que uno de esos chinos asquerosos me confesó que el té negro no es así al principio. Según parece, ellos lo toman verde y una vez que le sacan la infusión, lo envasan y nos lo mandan. ¿Has visto algo más repugnante?

La tía Milagros convino que aunque ella no era orgullosa y el fundo de Rancagua no le daba casi nada, una señora no podía tomar el té "langueteado por los chinos".

- ¡Que mugres no tendrán esos herejes!

Pero a mí, más que la historia del té negro, me molestaba, en esos momentos, el enojo de la tía Trinidad por mi mentira.

Salí al patio y lo observé de lejos.

La puerta de su cuarto estaba entreabierta y ella, en una silla baja, seguía con el gato en los brazos; Le hablaba, besándolo mucho, como si se tratara de consolarlo.

¡Pobre tía! Estaba más chica y esmirriada que nunca. ¿Que confianzas le estaría haciendo al gato?



De toda la casa de la tía Milagros, lo que más se ha grabado en mi imaginación es la pila de mármol.

Se abría al centro del patio como una flor de magnolia, y en sus aguas verdosas se zambullían de cabeza el naranjo, el arco blanco, el alero, las ventanas del fondo, el tejado lleno de musgo.

La pila guardaba en sí toda la casa.

Si existe todavía, si la grieta del mármol no se ha hecho más profunda y el agua no se ha escurrido por completo, estoy seguro de que al remover las lamas verdes que se habrán formado en ella, aparecerá en el fondo todo el viejo tesoro de recuerdos que se fue tragando lentamente.

Y aquello será como sacar de nuevo al sol los restos de un naufragio.

Toda mi niñez está hundida en esa pila. Tal vez no exista ya su ancha taza de mármol y por su fondo roto, el agua se haya escurrido

con todos sus recuerdos y haya ido a refrescar las raíces secas del naranjo cortado; pero cierro los ojos y la vuelvo a ver.

Está erguida, como entonces, en la mitad del patio, tapizado de musgo. De su centro que aspiraba a imitar una concha, pero que en realidad parecía una compotera, el agua se desliza sin ruido en delgados hilos, como el llanto de la tía Trinidad cuando el gato amanecía enfermo. Los pescaditos colorados juegan al pillarse, y, junto a la galería, con las manos escondidas bajo el delantal, veo recer-tarse la silueta de la Juana Rosa, con su carita de manzana silves-tre y sus ojos muy abiertos.

Son los mismos ojos tristes con que llegó aquella mañana en que por fin logró que la mama Mesa la llevara a ver el diablo de Santo Domingo:

- ¿Te dió miedo?

- No; pero me dió rabia... tan feo y con aros tan lindos...

¿Que sacarán con ponerle eso...?

Y con sus manos regordetas se tocaba los insignificantes aretes de oro doblé que pendían de sus orejas.

Después, con los ojos fijos como si las joyas del demenio la tuvieran todavía hipnotizada, agregó:

- Como una es pobre tiene que andar con estas porquerías...

Yo no hallaba que decirle. Sus ojos negros, como la pila en las noches de invierno, parecían recoger todas las sombras.

El diablo de Santo Domingo, feo y malo, tenía joyas y era rico... En cambio la Juana Rosa...

Sentía que algo muy amargo - una injusticia o un sollozo im-po-sible de tragar - me apretaba la garganta.

Fué mi iniciación en la "cuestión social". Por culpa de ella corté relaciones con el "mandingo". Se me hizo antipático y nunca más volví a pedirle a la tía Trinidad que me llevara a verlo.

Estaba estudiando la lección de historia cuando entró la Juana Rosa, con el pretexto de limpiar los vidrios, y me dió conversación.

La noté muy rara.

Me dijo que no se acostumbraba, y que si no fuera por su "taitita" y "también por otra cosa" - este último le costó mucho decirlo - ya se habría ido de la casa. Se hallaba con presa entre esos paredones; no salía sino los Domingos a la misa de siete, y en el patio de adentro, para ver la calle, había que treparse "lo mismo que las aves" al techo del gallinero.

Era cierto; la única ventana que daba a la calle en el segundo piso era la de la tía Mesa; pero era alta y no se veía más que el cielo. Un cielo sin interés, como una página en blanco, rayado con los renglones de los alambres del teléfono. En el último alambre había un trozo de volantín a cuadros rojos y verdes. Giraba con el viento y parecía hacernos burlas. Todo el día se lo pasaba haciendo volteretas como un payaso.

Nosotros, en cambio, no podíamos ni siquiera alborotar la casa corriendo tras el gato, porque según la tía Trinidad, después de la pulmonía, el animal había quedado "debilcote" y le hacía daño al corazón agitarse. Tampoco se puede gritar porque la tía Lucrecia cada día está más enferma.

En algo de esto, pensaba seguramente la Juana Rosa, mientras con semblante amurrado, restregaba los vidrios.

- Mi hermana, la que estuvo sirviendo donde misa Eudesia, se casó. Pasa hartas pobreza, pero siquiera tiene quien la quiera... Yo no sé qué me ha dado que no puede salirme de esta casa. Estoy lo mismo que embrujá; pero un día de estos...

Yo le pedí que no se fuera.

Dejó el paño y se quedó un momento mirándome, muy seria.

- ¿Deveritas que no quiere que me vaya?

Después se echó a reír.

- ¡Ph! ¿Que falta voy a hacerle? Pa jugar al pillarle no le da lo mesmo na María Ingracia?

Una mañana la tía Trinidad llegó desolada y temblorosa. Casi no podía hablar; un hombre entró a la Iglesia de las Capuchinas y le robó el báculo de plata a Santo Toribio. Es un horrible sacrilegio.

En cambio al diablo de Santo Domingo nadie le hace nada.

¿Será pecado robarle las alhajas al "mandingo"?

La Juana Rosa cree que no:

- ¿Por que va a serlo? El diablo no es santo ni gente. Continuas que a él no le sirven pa ninguna cosa...

Pero la tía Trinidad no piensa del mismo modo:

- Que chiquilla ¡Las ideas que se te ocurren!..;

Y mientras "saca" un nuevo punto de crochet que le vió en misa a una señora, me habla largamente del asunto. Según parece, las joyas representan la vanidad y no valen nada. Son falsas; son de vidrio, y los padrecitos se las ponen al diablo porque "como es tan vanidoso"...

Se lo conté a la Juana Rosa y me parece que también sintió un gran alivio...

Yo no supe la hora en que murió la tía Lucrecia.

Me dijeron que estaba muy mal y que, como el ruido le hacía daño, me fuera al patio de adentro.

En el callejón oscuro tropecé con la María Engracia y con la mama Mesa. Las dos viejas venían arrastrándose, como dos sombras, una en pos de otra, pegadas al muro. Una de ellas llevaba una tetera con agua caliente. Se perdieron en la oscuridad y durante mucho rato oí el ruido de sus zuecos.

-entonces corrí al tercer patio. En la escalera de palo para las gallinas, casi a la altura del tejado, estaba la Juana Rosa.

Al verme se puso roja y comenzó a reírse a carcajadas:

- ¡Váyase por favorcito! ¿No ve que tengo que bajarme?

El viento inflaba como una vela la pollera de percal que ella trataba de sujetar con las rodillas.

- ¡No me mire! ¡No me mire!

Parecía un globo que se fuera a volar por sobre el tejado.

- ¡Váyase le icon!

Golpeaba la escala con el pié.

- ¡Entienda, pues! Voy a acusarlo a Niseá Milagros!

Estaba furiosa; pero yo no le hice caso. Entonces se acomodó muy bien el delantal, se afirmó como una gata en el alero y me miró con unos ojos que no he olvidado nunca. Eran tristes mientras la boca reía:

- Déjeme bajarme y le digo un secreto...

- Dímelo primero...

- Es secreto...no se puede...y me creo que a Ud. le va a gustar...

Capitulé y salí del patio.

Cuando volví, la Juana Rosa ~~estaba~~ ~~estaba~~ estaba al pié de la escalera, con los ojos bajos, retorciendo entre los dedos, como si quisiera estrangularla, una punta del delantal.

- ¿Y el secreto?

- No; no, por Dios, me da tanta vergüenza...

Y no quiso decírmelo.

En ese momento entró la María Ingracia. Venía como deshecha y se dejó caer en un piso de totra, suspirando. Inmóvil y arrebujaada en el pañuelo negro parecía un huaco.

- ¡No pasa de esta noche! - dijo. ¡Pobrecita!

Después nos llamó a la Juana Rosa y a mí y nos dijo que subiéramos a su pieza.

No había allí más lumbre que la que entraba por el tragaluz. El volantín seguía haciendo piruetas en el alambre del teléfono.

Adentro la obscuridad se pegaba como un murciélagos a todos los rincones.

Sumida en las tinieblas, la Mama Mesa, la cocinera y otra mujer, rezaban el rosario, con un ruido monótono y prolongado de río que se pierde a lo lejos.

Nosotros también nos arrodillamos.

Por entre las manos de las viejas, el rosario se escurría gota a gota. De vez en cuando un goterón más grueso - un padre-nuestro - se condensaba un instante en el extremo de los dedos flacos y amarillentos como velas que la llama de la fé iba derri-tiendo en oraciones.

Es el mismo rosario de todas las tardes pero más débil y tembloroso que otras veces. Las plegarias saturadas de oscuridad y humedad de lágrimas, parece que se entastran por el entablado y que apenas tienen fuerzas para llegar a la imagen de la Virgen del Carmen puesta sobre una mesita de madera de álamo.

En el día la oleografía es muy bonita: la Virgen con su cara de niña, está entre nubes, y desde lo alto deja caer su escapulario sobre las benditas ánimas del Purgatorio que, desnudas y achicharrándose en las llamas, alargan los brazos para asirse de él; pero ahora, en la oscuridad, la lamparita de aceite que hay al pié del cuadro ilumina sólo el Purgatorio. Las llamas tiemblan y las ánimas parecen moverse....

¡qué frío hace! Poco a poco voy acercándome a la Juana Rosa; pero al sentirme ella da un salto.

- ¡Ay, Señor! ¡Me creí que era el maldito!

Tiene los ojos espantados, fijos en las ánimas del Purgatorio y las manos arrebuajadas, como nunca lo hace, en el pañuelo de rebozo.

- No se acerque. No nos vaya a penar Misé Lucrecia....

La llamita de la lámpara de aceite se alarga a veces con el viento, y parece que las ánimas estuvieran vivas.

A pesar de todas las prohibiciones, fuí a asomarme al primer patio.

Comenzaba a oscurecer. El naranjo se veía como una masa negra y los demás árboles, desnudos de hojas, se alargaban como escobas que quisieran barrer el cielo sucio y escombrado de nubes. Cobijada en la sombra, la pila, como una novia abandonada, dejaba correr su llanto.

El ruido del agua se confundía con el de los rosarios de la Mama Mesa y la María Ingracia.

Acompañado por la tía Trinidad venía el canónigo Saavedra. Alto y erguido a pesar de sus años, con el manteo al viento y la nariz como una proa, avanzaba, cojeando un poco, con la majestad de un barco viejo. Al lado suyo, la tía Trinidad se esforzaba por seguirle, esmirriada y chiquita como un gato. Por cada tranco del canónigo, ella tenía que dar cuatro pasitos. De vez en cuando alzaba los ojos llerosos para mirar el rostro impenetrable de águila tallada en piedra.

El prebendado parecía no verla. Con la mano sarmentosa se recogía en pliegues clásicos su toga negra, con la misma prestancia con que subía al coro de la Catedral.

Dos sacerdotes salieron de la pieza de la tía Lucrecia, hablando en voz baja. El señor Saavedra se juntó con ellos.

En un rincón, el doctor Pérez, chiquito y rechoncho, conversaba con las tías. Apenas se veía su camisa blanca que le rebalsaba del chaleco, y las largas colas de su chaqué negro.

En medio de las señoras que le asediaban a preguntas parecía un pinguino acorralado.

Sus brazos cortos y movibles como aletas, contrastaban con los amplios mantecos de los clérigos, alas de cóndor que el viento sacudía a intervalos como si fueran a volar.

Entonces me acerqué a la tía Trinidad y le pregunté como seguía la enferma.

Ella se estrechó contra la tabla de su pecho.

- ¡Lo mismo...! ¡Lo mismo, hijito...!

Y rompió a llorar.

Recuerdo que aquella noche yo tenía mucho miedo y no quería acostarme.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

EL SALÓN VERDE

En las tardes cuando el calor era muy intenso o no quería que la tía Milagros me preguntara si había hecho mis tareas de aritmética iba a esconder en el salón verde.

No se por qué le llamarían así.

Quizás fuera un recuerdo de los tiempos en que en la casa de las tías se daban bailes y tertulias y mi madre, entonces nida, acompañada de su hermana que también murió, cantaba trozos de Aida o la Traviata en el gran piano de cola.

Ahora el piano, arrebujado a usanza de las abuelas, en un chal de terné que deja entrever apenas sus gruesas piernas de jomona, se adormila junto al muro. Es una golterona silenciosa.

Hace años, muchos años, que conciente de su edad y la falta de esbeltez de su figura, no deja escapar de su alma un solo acento apasionado ni enseña su fantástica dentadura de marfil. Su voz se ha tornado gangosa y sus dientes amarillos no son los de la juventud.

Todo el salón parece dormir, y en sus cortinas rojas de brocado y en sus muebles de medallón alineados a ambos lados de la estancia como canónigos en el coro, no hay un eco que recuerde aquellos tiempos.

Al sentarse en los sillones los resortes refunfuñan entre sueños como protestando del chiquillo insolente que viene a interrumpir su siesta.

Yo he rasguñado el lampás rojo del sofá, cuyo asiento es el más deteriorado para ver si a través de las hilachas de la urdiembre se descubre otro tapiz. Nada; del fierro amarillento se pasa al crin. Si se arranca el papel granate de los muros junto al guardapelvo - allí la rotura casi no se nota - se ve debajo otro papel rameado con flores azulinas.

No hay indicio de que el salón haya sido nunca verde.

El nombre debe venirle de épocas muy lejanas.

En torno de la estancia los retratos de Monvoisin y de Rugendas tienen una actitud ceremoniosa. Víctimas del corbatín y del corsé, viejos y viejas están allí como estafernos.

Solo un retrato de muchacha - la bisabuela, doña Pilar, muerta en la flor de sus abriles - sonríe picaresca junto a la chimenea. Un lazo de cinta punzó diseña su barbilla; dos rizos negros se escapan de la cofia de encajes y su talle de ramillete antiguo, surge con una gracia ingenua del faldellín de seda rosa tieso y luciente como una camelia.

Es la única nota amable en el salón, y sin embargo me da miedo mirarla: A la bisabuela la enterraron viva.

La mama Mesa me lo contó una noche de invierno, junto al brase-ro en que los tizonos medio apagados crujían como mandíbulas que la muerte va inmovilizando.

- Yo misma la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. Fué después del temblor grande que echó abajo la sepultura. El caballero me mandó para que viera cuando la cambiaran de cajón. Estaba sequita - ¡la señora era una santa! - pero las manos las tenía así, lo mesmo que arañando. ¡Pobrecita! ¡Como sufriría!

Las mejillas frescas - frescura de juventud y de agua clara que nada pidió prestado al solmáñ y al arrebol, - no evocan su tragedia; pero yo, desde aquella noche no puedo mirar el retrato. La bisabuela Pilar no sonríe como antes.

Cuando, por casualidad, alzo la mirada del libro y la veo, tiene los ojos siempre fijos en mí y me parece que sus manos dejan el ramo de rosas y se agitan, se retuercen y salen fuera del cuadro como si las sombras del salón se le vinieran encima y la oprimieran.

¡Oh! Yo prefiero los rostros de cóndor de los caballeros, la sonrisa helada y etiquetera de las viejas señoras a esta boquita picaresca que, para los que no saben su historia, sigue riendo, riendo, encima de la chimenea.

Detrás de una cortina entre los boules de jacarandá hay un trozo de pared que al golpearlo suena hueco; es una puerta pequeña disimulada en el muro. Está cubierta con el mismo papel rojo que viste las murallas y nadie que no estuviera en el secreto sería capaz de adivinarla.

La abrió mi padre con sus propias manos - era en los días de la revolución del 91 - para salvar, como el decía, "a uno de los adalides de la causa".

El viejo conspirador estaba oculto en casa de las tías, y era preciso organizarle una salida.

Fuó una noche de Agosto. Los agentes husmeaban como lobos alrededor de la manzana. Mi padre, barreta en mano, trabajó duro aquella noche. Mi madre, la tía Trinidad, y hasta la tía Milagros que, según propia confesión solo sabía ~~el~~ valse chino" se turnaron en el piano para apagar el eco de los barretazos.

La muralla era muy ancha y el tiempo escaso para gastarlo en vano. El prófugo, escondido en el entretecho, bajó al salón y se midió.

Era un hombre magnífico de amplias espaldas y barba entrecana.

Apelló el torso en el muro e indicó el ancho exacto de los hombros:

- Así. La gatera ha de ser sobre medida, y baja, lo más baja posible. Basta que quepa en cuatro pies. La cuestión es que pueda pasar. Si me siguen yo me encargo del resto.

Se abrió sonriendo la chaqueta y mostró en el bolsillo interior la empuñadura de un cuchillo de cocina.

- Es feo; pero hace menos ruido que el revólver.

Las tías le impleraron que se volviera a su escendite; pero él encendió un pitillo y permaneció un rato paseándose "para estirar las piernas" mientras la muralla se desmoronaba a los románticos compases de "El Danubio Azul"

Al amanecer, la gatera estaba concluida. Un cajon hecho, ex profeso y cuidadosamente empapelado se ajustaba a la abertura. Un cortinaje cubría con la austera respetabilidad de sus pliegues, la sola-

pada puertacilla de escape. Era toda una obra de arte; pero no prestó ningún servicio a la causa de la revolución; El prócer huyó por el tejado.

Esto no quiere decir que la gatera resultara inútil. Como daba a un rincón oscuro, situado bajo la escalera se estableció allí un depósito de leña para nutrir la chimenea. Los gruesos haces de espiño y de algarrobo eran los únicos que franqueaban esa puerta. En las noches de lluvia la María Engracia, desaparecía como un fantasma entre los cortinajes y bajaba a sacarlos. Y al salir de la prisión, los leños condenados a la hoguera, tenían algo de macabro. Sin querer me recordaba de una vieja estampa que me mostró una vez el "Chuncho Mendez" en clase de geografía. Según él esa página era de un libro prohibido que se llamaba "La Inquisición y sus Misterios". Representaba cuatro herejes muy negros y muy flacos, amarrados unos a otros como un haz de leña, saliendo de un calabozo, escoltados por un padre agustino, que hacía las veces de la María Engracia.

Yo no podía mirar los gruesos palos de espiño y de algarrobo sin acordarme de los herejes de aquel libro. Al echarlos a las llamas me parecía que gritaban. Pero de eso hace mucho tiempo.

Hace años que la chimenea no se enciende y nadie entra al salón verde. Siempre está cerrado.

Talvez por eso mismo, es más taciturno y más solemne que el resto de la casa.

Hay en él esa paz fría de las catedrales; las cortinas en la sombra evocan las colgaduras de las misas de Requiem; semeja una sala muerta y en los muebles polvorientos puede escribirse con el dedo como en los vidrios empañados por la helada.

Parece que, al pasar por el salón, el tiempo, como una inmensa mariposa de polilla, ha dejado en los tapices, en los espejos y en los boules, el polvo imperceptible de sus alas.

EL PADRE

Per mi niñez monótona y descolorida el recuerdo de mi padre pasa impenente y tenue como la sembra de una águila sobre una planicie.

No le veía casi nunca. Trabajaba en el campo, - sus negocios marchaban siempre mal - y desde que murió mi madre - yo tendría entonces dos años - vestía siempre negro. El lute adelgazaba su silueta alta y erguida y en su rostro pálido que tenía algo de esa impasibilidad de los retratos del salón, los ojos ligeramente enrojecidos, brillaban con un fulgor extraño.

Su voz de acentos graves parecía venir de lejos y nada de este mundo nada que tuviera realidad objetiva - a excepción de mi esmirriada persona - parecía interesarle.

Al verme, sus ojos se abrillantaban como si una pena nueva los humedeciera; me tomaba de los hombros y me observaba para ver si había crecido. Esta era su principal preocupación.

- Bien, chiquille; estás hecho todo un hombre.

Yo sabía que al decirme "todo un hombre" me había hecho el mayor de los elogios.

Debió sufrir al dejarme con esas tías abuelas, en aquella casa con olor a zahumerio, "donde el chico se iba a criar entre pelleras"; pero ¿como llevarme consigo? La vida, en cuya corriente se debatía sin descanso, era más fuerte que él y le arrastraba. Se vengaba despreciándola. Para él solo las ideas tenían un valor real.

Jamás aceptó una imposición: "No cabresteaba con soga corta" al decir del mayordomo: oía hablar de un hombre que había sacrificado algún ideal ideal, o soportaba humilaciones o se rendía, sin protesta ante los hechos consumados se contentaba con decir:

- ¡Falta de raza! Los caballos pura sangre no se descorazenan aunque sepan que la carrera está perdida.

Las tías no le querían pero le admiraban. Nunca se atrevieron a contradecirlo.

A veces se encontraba con don Nicolás y hablaban o mejor dicho hablaba de política.

Según él, la situación del país era muy grave. El parlamento era un conjunto de corderos; el Presidente se apartaba cada día más de la Constitución, sin que nadie le dijera una palabra...

- Pero Walker Martínez, Mac-Iver, Yrarrázaval...

- Si, si; quedan aún algunos hombres; pero el resto; Además no basta hablar. Hablando se prepara la opinión; pero en sí toda protesta implica impotencia. Es una lamentación en otro tono. La protesta está bien en las mujeres, en los viejos, en los niños que no tienen fuerza para defenderse; los hombres estamos obligados a hacer algo más...

Don Nicolás... meditabunda, dibujaba líneas en el suelo con la punta del bastón;

- La autoridad dispone de la fuerza; no veo qué se pueda hacer. La protesta misma es ya una actitud peligrosa...

Mi padre no contesta. En sus ojos brilla una llamita fugaz como un fósforo en la noche. Acaso en el fondo piensa: ¿Poco hay algo más hermoso y seductor que una actitud peligrosa?

Don Nicolás aprovecha el silencio para sacar su enorme reloj de oro. Es una joya con doble tapa cincelada. Entre la primera y la segunda hay un pétalo mustio de clavelina - acaso de esas clavelinas de Larquen que la tía Trinidad evoca entre suspiros. Consulta la hora y dice en tono zumbón:

- ¿Hoy es día de ayuno?

La tía Trinidad salta como movida por un resorte:

- Perdona Nicolás. El té debe estar servido...

Se ha puesto roja como si la hubieran sorprendido en falta.

Otro visitante de todos los Domingos, era don Nicolás. Seco, de una flacura inverosímil, con las espaldas encorvadas y unas largas barbas blancas, parecía un San Jerónimo, según la expresión de la María Engracia. Sin embargo, a pesar de su aire ascético, tenía muy buen apetito y llegaba puntualmente a las cuatro de la tarde bordeando la hora "de las pnces".

No hablaba casi nada; pero a la vista de los "huevos chimbos", los alfajores con miel de peras, el turrón y los helados, sus ojillos azules le brillaban como cuentas de vidrio.

Al para ir al comedor dejaba de mano el bastón de ébano con mango de plata.

Cuando yo entraba tomaba el bastón por la contera y me cogía de las piernas con la empuñadura y atrayéndome hacia él me preguntaba con risa cascada:

- ¡Picaronazo! ¿Qué dice el colegio?

Era una frase sacramental que no faltaba por ningún motivo, y que las tías celebraban mucho todas las semanas, porque según ellas, don Nicolás era muy ingenioso.

Buena. El colegio no decía nada, yo tampoco, y el caballero volvía a su mutismo, hasta el momento de levantarse de la mesa.

En vano la tía Trinidad poniendo en juego sus enmohecidas armas femeninas, dejaba caer sobre él la espesa miel de sus miradas. El prefería el arropo del turrón y guardaba silencio.

No obstante era indudable que su mutismo animaba la conversación.

La tía Trinidad dejaba de hablar del gato y de los pecesitos colorados, y su imaginación como una monja renegada que abandona el claustro, salvaba el muro de los años y se perdía en un bosque de recuerdos lejanos: El fundo de su padre, los sustos que se llevaron con la

ron con la epidemia del cólera, la temporada que pasaron juntos en

Larquén.

- ¿Te acuerdas Nicolás? ¡que clavelinas más preciosas! No espero ver otras iguales en mi vida.

Y don Nicolás sin abandonar el alfajor que mordía con infinitas precauciones, murmuraba:

- ¡que tiempos!

Nada más. Las manos de la tía Trinidad volvían a cruzarse sobre la falda y la tía Milagros con la destreza de una tejedora que toma la hebra antes que al punto se vaya, recordaba que entonces la gente era muy buena, la vida era barata, no había tanta diferencia entre ricos y pobres porque cada cual estaba contento con lo suyo, no existía ostentación y cualquier cosa bastaba para vivir.

- Cuando mi sobrina Amelia estaba así - extendía la mano para indicar la altura que en aquella época tenía mi madre - los zapatos se compraban en la Plaza de Armas e íbamos en carreta a buscarlos... salvo los de raso que se hacían siempre en la casa... ¡Y qué distinta era la sociedad! Los Tales, que ahora figuran en todos los salones, tenían un baratillo en el portal. A cada madeja de seda le sacaban unas cuantas hebras; así hicieron su fortuna. Yo no les critico que tengan situación; justo es que cada cual trate de ser más; los apellidos de marqueses que, mal que mal, todos tenemos, sabemos muy bien las onzas que costaron. - ¿Quién era mi abuelo? Un síftico del tiempo de la Independencia, y costó un mundo para que lo recibieran en la casa; pero se labró su porvenir con la espada, no recortando las madejas. Eso es lo que no les perdono a los Tales. ¿No piensas así Nicolás?

Don Nicolás no respondía pero en el silencio enérgico con que hundía el cuchillo en el corazón mismo de la torta de almendras, había todo un tratado de hidalguía que sostiene la preeminencia de las armas como único medio legítimo de conquistarse una tajada de nobleza.

Solo al salir del comedor recobraba el uso de la palabra.

- Comida hecha y amistad deshecha - decía al despedirse.

Las tías celebraban mucho esta oportuna ocurrencia hebdome-

EL COLEGIO

El colegio era un edificio largo y angosto, que parecía inclinarse al peso del tejado. Ocupaba casi una cuadra. En sus muros blanqueados, la lluvia que rebalsaba de las cañales de latón, había dibujado lentamente con paciencia de cartógrafo, infinidad de cuencas hidrográficas, lagos y archipiélagos que no aparecían en los mapas.

Los mil ruidos alegres de la calle, los gritos de las verduleras, los berridos inarticulados de vendedores de guatitas, el silvar de los lecheros y agrio chirrido de las carretas cargadas de hortalizas, rebotaban, como en un frontón de pelotas, en las murallas del colegio.

Al entrar a él, quedábamos separados del mundo. Las ventanas de las salas de estudio, daban al patio interior, un patio triste, sin un árbol, circundado de oscuros corredores. La mayor parte del tiempo permanecía silencioso. Sin duda era esa la actitud que más agradaba a su temperamento de viejo retraído y maniático. Durante los recreos se alegraba con una alegría histórica; pero el esfuerzo lo agotaba y parecía quedar más triste que antes.

Acaso sentía también un poco de vergüenza de que las viejas murallas, la capilla y las salas de estudio, lo hubieran visto perder su compostura; pero, a lo menos las murallas le guardaban reserva, como nos le guardaban a nosotros de las voces alegres, impregnadas de sol, que venían de la calle.

Tampoco los vendedores ambulantes oían el alboroto del recreo.

Una mañana "el loco Nuñez", mientras jugaba a la barra, se sacó un tobillo. Nadie le dió importancia y el mismo Nuñez, entre quejido y quejido hacía bromas y se reía; pero cuando lo sacaron del colegio, en brazos de uno de los mozos, estaba verde y parecía un muerto.

En la calle las viejas lo compadecían;

- ¡Angelito! ¡Como sufrirá!

- Hijita e mi arma, ¿que le habrá pasado?

Adentro, "la barra" seguía con más entusiasmo que antes; pero los de afuera no veían más que un portón oscuro de donde van sacando un enfermo.

Las murallas del colegio son gruesas - los ecos alegres no las atraviesan - y su puerta, como la boca desdentada de la María Ingracia, no deja escapar sino tristezas.

En la casa creían que me gustaba ir al colegio. No era así.

Una angustia extraña, algo como si la correa del bolsón lleno de libros se me incrustara en el pecho, me oprimía, al llegar a la puerta.

De allí partía un corredor oscuro, adornado con dos marcos en cuyo fondo de terciopelo rojo relucían sendas listas de alumnos, en letra redonda y dorada, verdadero prodigio caligráfico del Hermano Elpidio. Eran los "Cuadros de Honor" del Colegio.

Las mamás de los niños aplicados, cuando iban al locutorio a saber si sus chicos se sacarían muchos premios o a quejarse de "algún grandote" que les había pegado en el recreo, se detenían frente al cuadro y se abismaban en la contemplación de los regloncitos dorados como hubieran podido hacerlo en un estanque, ante un cardumen de pequeños pejerreyes.

El vidrio, comprendiendo su papel de lago, se prestaba galantemente a reflejarlas, y las mamás aparecían en el fondo, llenas de satisfacción como si también ellas estuvieran en el cuadro.

Cualquiera hubiera dicho que se estaban mirando en el espejo; pero no era así.

Sólo las mamás elegantes que no tenían niños en el Cuadro de Honor, se acercaban al vidrio para arreglarse el sombrero. La lista no les importaba.

Como mis tías eran muy piadosas, yo aparecía siempre en ella a continuación de Rioseco, cuyo papá era diputado; pero esta gloria humana no me satisfacía.

La vida en el colegio - ese primer colegio de mi infancia cuyos santos profesores Dios haya perdonado - era menos monótona pero no menos triste que en la casa de las tías.

En su frente vetusto, el portón se abría como una boca de ogro que traga y traga niños sin saciarse nunca. El ogro se desayunaba a las 8. A las ocho y cuarto en punto, sus mandíbulas se cerraban y los chicos que no habían alcanzado a ser comidos, tenían que recurrir a una serie de artimañas, para burlar la vigilancia del portero y deslizarse hasta la capilla. Generalmente el monstruo los sorprendía y los dejaba para postre. Porque a las 5 de la tarde el ogro, después de devorver, como la ballena de Jonás, a todas sus víctimas de la mañana, se daba su última panzada: su cena eran los flojos, los "disipados en la casa o en la calle", los desobedientes, los atrasados en llegar al colegio y en general todos los niños que tenían un concepto alegre de la vida. Los "arrestados" eran puestos en fila, mientras sus compañeros con alboroto de cabros que rompen el redil, se lanzaban, atropellándose, a la calle.

En riguroso silencio, se trasladaba a los penados a la sala de estudio, donde debían cumplir sus respectivas condenas: Algunos de pié y a ojos cerrados, encima de los bancos; otros de rodillas junto a la tarima del Hermano Damián; otros, los niños culpables, tomaban colocación en los pupitres y, según los casos, estudiaban su lección o llenaban el número de renglones que la sentencia les había señalado.

Los más dóciles elegían para dar cumplimiento al fallo, una máxima moral:

"Dios premia al niño virtuoso", "La mentira es un pecado" u otras por el estilo.

Los más subversivos escribíamos: "Hago estas líneas por injusticia" y repetíamos esta frase heróicamente, a sabiendas de sus ulteriores consecuencias, hasta completar los cien o doscientos

renglones a que habíamos sido condenados.

Era peligroso; pero, yo a lo menos sentía una especie de anhelo al escribirlas. Acaso entonces colegía vagamente lo que es la libertad de imprenta; esa válvula de escape, ese "derecho de patateo" que evita el estallido revolucionario y hace más tolerables los atropellos de la fuerza. Además me acordaba de mi padre - él nunca había cejado - .

Poco a poco la sala se iba llenando de sombras. Un vano plomizo comenzaba a levantarse del patio, siempre húmedo al lado de los corredores de la primera sección, donde la llave descompuesta dejaba escapar un hilo de agua. Oscurecía. Los vidrios de la ventana se iban tornando cada vez más azules hasta igualarse al tono del Mar Caspio en el mapa hidrográfico pintado a la acuarela por el hermano Menemías.

Me parecía que ese hilo de agua me traía el recuerdo de la casa: la pila, el ruido del reloj, el murmurar del rosario que a esas mismas horas se deslizaría gota a gota de las manos de las tías. Y pensaba en la Juana Rosa, con sus ojos de animalito salvaje y la frente ensombrecida de tristeza, mordiendo la punta de su delantal:

- "¿Por qué es perillado? ¡No sea así! Uno tiene que hacer lo que le mandan".

Pero, yo seguía escribiendo casi sin ver porque ya estaba muy oscuro: "Hago estas líneas por injusticia". "Hago estas líneas por injusticia".

La sombra del pizarrón se confundía con el muro y los que estaban de rodillas junto a la tarima aprovechaban de la oscuridad para sentarse en los talones.

Entonces Rozas un "patero" repugnante, se ofreció para encender el gas.